



Cultura económica: una propuesta de  
análisis como herramienta para la  
construcción de la historia cultural

Emmanuel Martínez Vélez  
Estudiante de Historia  
Universidad Nacional de Colombia  
Sede Medellín

*Lucem*

No. 7  
Enero - Junio, 2023

Imagen: Laura Juliana Caicedo Mendoza  
Correo: [laura.caicedo02@est.uexternado.edu.co](mailto:laura.caicedo02@est.uexternado.edu.co)

# Cultura económica: una propuesta de análisis como herramienta para la construcción de la historia cultural

Emmanuel Martínez Vélez\*

**Resumen:** El objetivo del artículo es formular una nueva propuesta de análisis que se argumente la vinculación de la economía con la cultura, y que pueda ser implementada para la construcción de la historia cultural. Así, se pretende responder a la problemática sobre el uso de la teoría económica convencional y su marcada distancia con la realidad social y cultural. Para lograr este propósito se construye un instrumento teórico interdisciplinar, que recoge algunas ideas de la historiografía occidental, la sociología económica y la antropología económica; además, permite observar otros alcances de la Nueva Historia Cultural y profundizar en la crítica hacia el *homo economicus*. Finalmente, queda registrado un modo de mirar los aspectos económicos desde una perspectiva puramente cultural, donde las enseñanzas del maestro Pierre Bourdieu funcionan como eje vinculante y posibilitan la construcción de lo que se denomina “cultura económica”.

**Palabras clave:** *cultura, historia cultural, economía, sociología económica, historia social.*

**Recibido:** 20 de marzo de 2023

**Aprobado:** 16 de diciembre de 2023

**Modificado:** 9 de enero de 2023

## Introducción

“Son muchos [...] los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que eliminan las complejidades de motivación, conducta y función” [...] “El lado débil que comparten estas explicaciones es una imagen abreviada del hombre económico”<sup>1</sup>.

El presente artículo tiene como objetivo formular una nueva propuesta de análisis que se argumente sobre la vinculación de la economía con la cultura, y que pueda ser implementada para la construcción de la historia social. Así, se pretende dejar en evidencia la relación directa que mantienen estos tres elementos y contrarrestar las constantes tensiones que existen entre el mundo de los economistas y la realidad social. De este objetivo general, se desprende la posibilidad de comprender y reflexionar alrededor de dos ejes fundamentales que sirven como

---

\* Emmanuel Martínez Vélez. Estudiante de IX semestre del programa de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Artículo producto del trabajo de grado “La cultura económica colombiana durante la segunda mitad del siglo XIX (1847-1886)”. Correo: emmartinezv@unal.edu.co

<sup>1</sup> Thompson, “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Costumbres en Común*, editado por E. P. Thompson (Barcelona: Crítica, 1995), 215.

validación para el propósito de este escrito: la crítica al *homo economicus* y los alcances de la Nueva Historia Cultural (NHC).

La discusión de la asociación de la economía con las demás áreas de las ciencias sociales es un debate que está lejos de ser concluido. Esta tensión, que sin suda ha estado presente en el plano científico, ha posibilitado que disciplinas como la antropología, la sociología, las bellas artes y la historia, reclamen de su hermana un mayor compromiso social. Una posibilidad de observar, desde esas diferentes esferas, diversos aspectos de la economía sin la necesidad de caer en un craso reduccionismo económico. Inclusive, en la evolución intelectualista de las humanidades – sobre todo en la sociología y en la antropología– ya hubo fuertes esfuerzos por observar los hechos económicos desde una perspectiva puramente social, pero es un recorrido que parece no estar cerca de su final<sup>2</sup>. En este caso, lo que se pretende es formular una base teórica que permita pensar en una forma de hacer historia económica centrado, por así mencionarlo, en las entrañas de la sociedad misma; enfrentando, directamente, esa dificultad estructural que contrae la ciencia económica a la hora de relacionarse con las restantes áreas del conocimiento social. Únicamente desde el punto de vista de la historia, la *New Economic History* –que tiene sus orígenes en el mundo anglosajón– es una forma de investigar los aspectos económicos del pasado que, en buena medida, está divorciada de esta y reproduce ese dilema estructural que se plantea en las líneas anteriores; pues, ella se caracteriza por hacer uso de la criometría, la econometría y la estadística, dejando muy de lado el conocimiento social<sup>3</sup>. Como indica Hobsbawm, los economistas y los historiadores viven en una precaria coexistencia, la cual resulta insatisfactoria para ambas partes<sup>4</sup>. De ahí que surja esa necesidad de pensar en otras formas de hacer historia económica, que no se vean afectadas por el reduccionismo del contante uso de las metodologías cuantitativas y del uso explicativo de la ahistórica teoría neoclásica de economía.

Eric Hobsbawm, no fue el único historiador que reconoció a estas constantes cuestiones sobre la forma de abordar la realidad social. Thompson, en su mismo esfuerzo por contrarrestar esas prácticas intelectualistas, advirtió sobre la necesidad de no caer en la simplificación explicativa de la economía y, por el contrario, realizó una especie de apología al clima “intelectual-esquizoide”, que, según él, permite a la historiografía cuantitativa converger con abstracciones propias de la antropología social y la sociología<sup>5</sup>. En esa misma lógica, su estudio sobre la economía moral de multitud en la Inglaterra del siglo XVIII, responde a esa necesidad e intenta demostrar cómo el mercado de cereales terminó por configurar diversos aspectos de la cultura inglesa de la época. Sin más, la actual investigación, luego de observar la problemática desde diferentes miradas, es un intento de pensar en una forma de hacer historia económica a partir de la interdisciplinariedad, donde la sociología económica (SE), la antropología económica (AE) y los presupuestos de la Nueva Historia Cultural, coexistan para poder pensar en una forma de comprender lo que se denominará “cultura económica”.

---

<sup>2</sup> Félix Santos, “La importancia de la nueva sociología económica”, *Boletín de la Academia Malagueña de Ciencias* No. 23 (s.d.), 10.

<sup>3</sup> Es relevante señalar que la nueva historia económica, también llamada economía histórica, comenzó a tomar forma en la década de 1960. Danilo Torres, “La nueva historia económica; la teoría de la regulación y el análisis histórico social: notas para un debate”, *Apuntes del CENES* No. 31: 54 (2012): 279.

<sup>4</sup> Eric Hobsbawm, “Historiadores y Economistas I”, en *Sobre la Historia* (Barcelona: Crítica, 1998), 105.

<sup>5</sup> Thompson, “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, 213.

## 1. El surgimiento de la “Nueva Historia Cultural”

La Nueva Historia Cultural, o como también es conocida *The culture turn*, surgió en los años ochenta del siglo XX, como una crítica a la tradición historiográfica de la historia de las mentalidades, que emergió luego de que se publicó en 1949 el libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Fernand Braudel. Este texto marcó el comienzo del desarrollo de una historia serial y estructural, dos corrientes que ejercieron un predominio hegemónico en el panorama historiográfico occidental durante las dos décadas posteriores. Más tarde, en la década de los años setenta, el escenario en general fue cambiando y esta dominancia empezó a mostrar signos de deterioro –o evolución– como consecuencia de la aparición del giro lingüístico –particularmente en el mundo anglosajón– y la ya mencionada historia de las “mentalidades” –ligada al ámbito francés–<sup>6</sup>.

De esta manera, la publicación de este libro se convirtió en un hito de la historiografía en Occidente, gracias a su novedoso modelo explicativo fundado en la interrelación de tres tiempos o duraciones –estos se entienden como de corta, mediana y larga duración– concordantes en esta con las dimensiones económica, política y social, pilares de esa manera de hacer historia<sup>7</sup>. Con todo lo anterior, en 1961 George Duby publicó un artículo titulado “Histoire des mentalités”, el cual se podría considerar como el punto de partida de esta corriente en la historiografía occidental<sup>8</sup>. El texto tuvo como objetivo reivindicar la historia de las mentalidades como un objeto y a la vez enfoque de estudio que permitiría enriquecer sustancialmente la construcción de la historia social<sup>9</sup>.

Este enfoque se concentró en el estudio de las estructuras mentales, las visiones colectivas de las cosas, los universos del medio cultural, las creencias y sentimientos sociales con una ubicación espacio-temporal determinada, entre otras cosas; según esta corriente, características visibles alrededor del mundo de la cotidianidad. La crítica central que se generó hacia la historia de las mentalidades fue por la diversidad de definiciones y ambigüedades del concepto “mentalidad”; en vista de que sus mayores representantes: George Duby, Michel Vovelle y Jacques Le Goff, tenían definiciones completamente distintas, lo que ponía en evidencia su debilidad estructural<sup>10</sup>.

---

<sup>6</sup> Martín Ríos Saloma, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”, *Estudios de la Historia Moderna y Contemporánea de México* No. 37 (2009): 99.

<sup>7</sup> El término “duración” se refiere al lapso temporal que abarca desde el inicio hasta el final de un evento. Braudel consideraba este concepto como una metáfora relativa al tiempo y su percepción. La duración fue clasificada entre corta (rápida), media (lenta) y larga (imperceptible). En su teoría se hacía hincapié en la falta de relevancia de la “corta duración” o también llamada el acontecimiento, mientras que, por otra parte, valoraba el análisis de la media y larga duración, los cuales fueron dos enfoques que aplico de manera positiva en sus obras. En: Fernand Braudel, “La larga duración”, en *Historia y las Ciencias Sociales*, editado por Fernand Braudel (Madrid: Alianza Editorial, 1970), 60-106.

<sup>8</sup> Cabe mencionar que no se debe confundir a la historiografía occidental como una escuela historiográfica unificada que cambiaba paradigmas y generaba debates en relación a la historia; sino que funciona como un concepto representativo que se refiere al conjunto de corrientes historiográficas que han surgido en la tradición cultural occidental.

<sup>9</sup> Martín Ríos Saloma, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural”, 100.

<sup>10</sup> Alexander Cano Vargas, “De la historia de las mentalidades a la historia de los imaginarios sociales”, *Ciencias Sociales y Educación* 1: 1 (2012): 137. Aunque Duby ya había abierto nuevos horizontes metodológicos y temáticos, no fue sino hasta el año de 1974, con la publicación del volumen dirigido por Pierre Nora y Jacques Le Goff,

Asimismo, esta noción no lograba proporcionar una explicación completa sobre la relación que los individuos mantienen con la dimensión social en la que se desenvuelven. La “historia de las mentalidades” siempre estuvo vinculada a debates estructuralistas, lo que la volvía demasiado abstracta y general. Según Chartier, habían tres razones adicionales que cuestionaban la suficiencia de este enfoque. En primer lugar, persistía en la idea de que las diferencias culturales pueden simplificarse fácilmente a divisiones sociales, sin tener en cuenta la complejidad y diversidad dentro de cada grupo –manteniendo así un enfoque estructuralista–. En segundo lugar, se criticaba la visión que considera el lenguaje simplemente como una herramienta, más o menos disponible para expresar el pensamiento. Por último, la crítica se dirigía a la tendencia de priorizar una caracterización global de la mentalidad colectiva, descuidando el análisis detallado de las formas textuales o imágenes que transmiten esa expresión<sup>11</sup>. En general, fueron por estos motivos fundamentales que décadas más tarde la historiografía occidental –o más bien, en este caso, la de corte francés– se encargó de conseguir un sustituto natural a la historia de la mentalidad, dejando claro –según autores como Stuart Clark– que este enfoque de estudio a la manera francesa, jamás consiguió ser “verdaderamente antropológico”<sup>12</sup>.

Posteriormente, en la década de los años ochenta, alrededor de la publicación del libro *Historia Nocturna* de Carlo Ginzburg –el surgimiento de la microhistoria italiana–, la aparición del texto dirigido por Lynn Hunt titulado *The New Cultural History*<sup>13</sup> y con la publicación en *Annales* del artículo de Roger Chartier denominado “El mundo como representación” –comprendiendo este último como el más relevante–, se dio inicio, no formalmente, a una nueva forma explicativa de comprender los acontecimiento del pasado que hoy en día conocemos como la NHC o *The culture turn*. En la que se conjugan el posestructuralismo, la lingüística, la antropología y la posmodernidad, en la búsqueda de un nuevo horizonte para la historiografía occidental<sup>14</sup>.

En términos más generales, aunque Peter Burke, en su texto *¿Qué es la historia cultural?*, indica la existencia de cuatro teóricos cuyas obras han sido de especial relevancia para los cultivadores de la NHC: Mijaíl Bajtín, Norbert Elías, Michel Foucault y Pierre Bourdieu, es importante también admitir el papel protagónico que ha jugado Roger Chartier con el desarrollo del concepto representación en este paradigma historiográfico. Cabe mencionar que el primer autor de la lista, Bajtín, a diferencia de los demás, fue un teórico del lenguaje y la literatura cuyas tesis también adquirieron cierta relevancia para la construcción de la historia visual. No obstante, los otros tres son teóricos esencialmente sociales, que trabajaron en una época en la que parecían diluirse los límites entre lo cultural y lo social<sup>15</sup>.

---

denominado *Faire l'histoire*, para que la historia de las mentalidades tuviera un avance significativo como objeto de estudio.

<sup>11</sup> Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre la historia cultural* (Barcelona: Editorial Gedisa, 1992), 4.

<sup>12</sup> Ronaldo Vainfas y Pablo Rodríguez, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* No. 23 (1996): 219.

<sup>13</sup> Los ensayos reunidos en este libro eran en un principio ponencias de un congreso sobre “Historia francesa: textos y culturas” celebrado en el año de 1987 en la universidad de California en Berkeley. En: Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?* (Barcelona: Paidós Ibérica, 2006), 69.

<sup>14</sup> Ríos Saloma, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural”, 117.

<sup>15</sup> Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, 71. Cabe mencionar que hoy en día el teórico e historiador Roger Chartier, es quizá el mayor exponente de la NHC.

Para generar un breve contexto, sobre los autores anteriormente mencionados, es importante exponer someramente algunas de las contribuciones principales que hicieron a la disciplina de la Historia. Entre las ideas centrales de Norbert Elías, se encuentran las nociones de civilización – la cual en gran parte del siglo XX fue utilizada como símil del concepto cultura–, repugnancia, vergüenza y presión social; derivados de su análisis sociohistórico de Europa desde la Edad Media hasta las monarquías absolutistas del siglo XVIII. Michel Foucault, por su parte, desde tres frentes diferentes contribuyó de manera directa a la configuración de los preceptos de la NHC, ellos fueron: la crítica a las interpretaciones teleológicas de la historia en clave del progreso, los sistemas clasificatorios o “régimenes de verdad” –episteme como también los llamaba– y su teorización respecto a la microfísica del poder. Para finalizar, Pierre Bourdieu, quien, en este proyecto adquiere un papel determinante, en su investigación respecto a la distinción y la construcción del gusto, generó toda una teoría social de los estudios culturales donde yacen un cúmulo de conceptos como: campo, capital simbólico, teoría de la práctica, reproductividad y, como tal, la idea de la distinción; fundamentales para los historiadores que se encargan de analizar el pasado cultural<sup>16</sup>.

Todas estas propuestas conceptuales formaban parte de marcos teóricos más amplios, cada uno con intenciones diferentes en términos de metodología y paradigma para leer la realidad. Elías, planteaba la “sociología histórica” como una apuesta teórica para poner en diálogo los eventos de la historia con los debates que surgían alrededor de la sociología, se trataba de observar cómo las sociedades evolucionaban en el tiempo desde una mirada sociológica, prestando especial atención a las normas sociales y a las estructuras de poder. Foucault criticaba las interpretaciones teleológicas de la historia, donde reflejaba su intención por desafiar las visiones simplistas del progreso lineal, en otros términos, buscaba comprender la complejidad y las contingencias del desarrollo histórico. Igualmente, analizaba cómo los sistemas clasificatorios influyen en la construcción del conocimiento en una época dada. Ahí, buscaba desentrañar cómo se establece y legitima el conocimiento, contribuyendo así a su objetivo más amplio de revelar las estructuras subyacentes de poder en la sociedad. Después de esta breve exposición, se observa cómo algunas de las ideas que desempeñaron un papel crucial en la formación de lo que posteriormente se denominaría NHC formaban parte de marcos teóricos más extensos, los cuales se desarrollaron en contextos académicos diversos<sup>17</sup>.

En definitiva, esta “nueva” historia cultural –término de procedencia francesa–, ha tenido como principales exponentes a distintos historiadores europeos, quienes lograron romper con los rígidos esquemas del materialismo histórico y terminar con las ambigüedades del concepto de mentalidad; y mostrar que una sociedad está compuesta por diferentes sujetos sociales que son capaces de crear y reproducir sentidos propios sobre una realidad determinada<sup>18</sup>. Así pues, la NHC entendida en términos amplios, puede ser comprendida de manera simple como la historia

<sup>16</sup>Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, 72-78; Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del buen gusto* (Madrid: Ediciones Santillana, 1998); Norbert Elías, *El proceso de la civilización. Investigaciones socio genéticas y psicogenéticas* (México: Fondo de cultura económica, 2016); Víctor Manuel Esparza, *Dejando los restos del naufragio. Fragmentos para una historia cultural* (Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2016), 9. Es necesario admitir que la llamada “nueva” historia de la cultura surgió en un momento de cuestionamiento profundo a las tradiciones intelectuales de la época, incluyendo la historiografía francesa de todo el siglo XX.

<sup>17</sup> En lo tocante a Pierre Bourdieu, se va a omitir considerando que a lo largo del texto se desarrollan más profundidad sus aportes teóricos. Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, 74-77.

<sup>18</sup> Ríos Salama, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural”, 136.

de las “prácticas y las representaciones”, que experimentan los diversos grupos humanos en la construcción de sí y de los demás<sup>19</sup>. Como puede evidenciarse, la cultura observada como teoría social contiene dentro de su contenido cierto sentido de universalidad, en cuanto a los alcances para determinar sus objetos de estudio en concreto. Finalmente, es por ese motivo que conviene reflexionar, bajo esta perspectiva, sobre la creación de una corta teorización sobre los estudios históricos de la cultura económica, donde, los agentes que se desenvuelven en mundo de las relaciones económicas también son generadores de cultura.

## 2. El concepto de representación y los agentes económicos

En este enfoque de la NHC, los más reconocidos representantes son el historiador Roger Chartier y el sociólogo Pierre Bourdieu, quienes, en un debate, lo describieron de manera discreta como el estudio de las racionalidades y lógicas que se construyen en determinados grupos humanos<sup>20</sup>. En esta teoría social, el concepto de representación tiene un papel fundamental y siempre ha estado cobijado por el teórico Roger Chartier, quien se ha especializado en el tema y construyó la gran obra titulada *El mundo como representación: Estudios de la historia cultural*<sup>21</sup>. Para tener una aproximación más directa a la definición que hoy en día se maneja sobre el concepto, es importante comprender algunas de las enseñanzas que dejó Roger Chartier; como las que se desprenden de en una conferencia dictada el 13 de noviembre de 2012 en el seminario del *Groupe de projet* dedicado a *La représentation politique: histoire, théories, mutations contemporaines, de l'Association française de science politique*, donde desarrolló a fondo el término representación como elemento meritorio para la comprensión de la constitución del mundo social.

En esa disertación, un análisis semántico y etimológico de la palabra, fue de utilidad para darle cabida a la sistematización del paradigma de la Nueva Historia Cultural. *El Dictionnaire de la langue française* publicado en 1690, identifica dos familias de significado distintas –aparentemente contrarias– del concepto de representación. El primero de ellos, define como representación una imagen que presenta como idea y como memoria de los objetos ausentes, y que los pinta tal y como son. De este modo, la representación permite la observación de un objeto ausente –cosa, sujeto o concepto– sustituyéndolo por una imagen capaz de representarlo de manera acertada. En otras palabras, representar es hacer conocer las cosas de forma mediata por la pintura de un objeto, por las figuras y los signos, por las palabras y los gestos, por las adivinanzas, las fábulas, los emblemas, las alegorías, entre otras cosas<sup>22</sup>. Así pues, representar es la realización de un proceso de apreciación y la construcción de imágenes de sí y de lo demás, las cuales generan cosmovisiones singulares y colectivas que son condicionadas por disposiciones exógenas y

<sup>19</sup> Diana Luz Ceballos, “Prácticas, saberes y representaciones: una historia en permanente construcción”, en *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849-1960*, compilado por Diana Luz Ceballos (Medellín: Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2009), 22. Otros maestros que también contribuyeron de manera teórica a la configuración de este nuevo paradigma historiográfico, son: Michel de Certeau, Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Max Weber y Emile Durkheim.

<sup>20</sup> “La lectura: una práctica cultural Debate entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier”, en *Sociedad y Economía* No. 4 (2003): 161-175; Ceballos, “Prácticas, saberes y representaciones”, 21.

<sup>21</sup> Chartier, *El mundo como representación*.

<sup>22</sup> Roger Chartier, “El sentido de la representación”, *Revista de Pensamiento Contemporáneo* No. 42 (2013): 40.

endógenas que contribuyen en la creación de “lo real”<sup>23</sup>. El otro significado del concepto representación es en un sentido jurídico y político, en la medida en que se entiende como el proceso en el cual un sujeto teniendo autoridad y potestad lo representa, como en los sistemas jurídicos-políticos modernos.

En síntesis, la noción de representación es un elemento valioso para articular –a diferencia de lo que permitió el concepto de mentalidad– las diferentes relaciones que los individuos y los colectivos tienen con la dimensión social en la que se desenvuelven. Además, el concepto en su sentido sociológico de “representaciones colectivas”<sup>24</sup>, concreta los esquemas de percepción y apreciación que conllevan los procesos de clasificación y jerarquización que construyen el mundo social. Adicional, indica las prácticas, signos, símbolos y conductas que tiene como objeto mostrar y reconocer una identidad social característica, contribuyendo de esta manera a la formación del sujeto social<sup>25</sup>. Es ahí donde los agentes económicos<sup>26</sup> –los cuales se expresan en contextos histórico-espaciales específicos– encuentran un enclave en la teoría social de la cultural, ya que estos responden a lógicas económicas características que se desenvuelven en el mundo de lo social<sup>27</sup>. No es más que, desde el punto de vista de la sociología económica, la tesis de la imbricación de lo económico en lo social.

Para tener un referente teórico más claro respecto a la articulación entre los agentes económicos y su relación con la dimensión de lo social, el concepto de “sujeto económico”, reconstruido por Granovetter, habla sobre un sujeto social, productor y portador de un denso tejido de las relaciones sociales conformadas a partir de su cotidianidad, en relación directa con su contexto social inmediato y las estructuras sociales que ha heredado de sus precursores<sup>28</sup>. En otros términos, admite que el comportamiento social de los agentes está cruzado, influenciado, compenetrado y alimentado por las consideraciones del orden social y cultural. Finalmente, es por estos motivos que el concepto de “representación” es propio para comprender los

---

<sup>23</sup> Una noción muy similar a la propuesta por Pierre Bourdieu en cuanto a los alcances del concepto de representación. Pierre Bourdieu, “La fuerza de la representación”, En *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (Madrid: Ediciones Akal, s. a.), 79.

<sup>24</sup> Chartier, *El mundo como representación*, 56. También como indica Chartier en cuanto al pensamiento de Durkheim y la relación entre la representación y la realidad: “el concepto de representación colectiva, generador de formas, de divisiones, oposiciones sociales; la relación dialéctica entre las divisiones sociales objetivas y su representación por unos individuos inscritos en la cadena de interdependencia, de representaciones colectivas mentales. Es decir, hay una invención de lo social por la representación mental al mismo tiempo que esta representación supone también la incorporación de realidades objetivas”. En Roger Chartier, “Representaciones y prácticas culturales en la Europa moderna. Conversación con Roger Chartier”, *Manuscrits* No. 11 (1993): 30; Héctor Vera, “Representaciones y clasificaciones colectivas. La teoría sociológica del conocimiento de Durkheim”, *Sociológica* 17: 50 (2002): 103-121.

<sup>25</sup> Chartier, “El sentido de la representación”, 43.

<sup>26</sup> El concepto de “agentes económicos”, se puede entender no de manera exacta, según las teorías de Pierre Bourdieu, como el conjunto de sujetos, instituciones y colectivos que se desenvuelven en la dimensión económica, tales como: la familia, el Estado, la escuela, los sindicatos, las asociaciones, y no únicamente los actores propios del mercado, como la banca, las empresas y los consumidores. En: Pierre Bourdieu, *Las estructuras sociales de la economía* (Buenos Aires: Manantial, 2002), 15.

<sup>27</sup> John Trujillo y Nelson Álvarez, “Intercambio y mercado en el pensamiento crítico de Pierre Bourdieu”, *Apuntes del Cenes* 52: 30 (2011): 12.

<sup>28</sup> Minor Mora, “Hacia una visión sociología de la acción económica: desarrollos y desafíos de la sociología económica”, *Economía y Sociedad* No. 24 (2004): 83. También, cabe medir que, aunque semióticamente no son los mismos términos, a la hora de ser examinados suelen ser usados como símiles dentro de la teoría social; sin embargo, a diferencia del segundo, el primero goza de cierta popularidad dentro de la sociología actual.



imaginarios que se generan alrededor de los procesos –asuntos– económicos, al igual que su funcionamiento social desde una perspectiva más cultural.

### 3. La teoría de las prácticas sociales y la acción económica

Ahora bien, es importante entrar en reflexión sobre la otra cara de la Nueva Historia de la Cultura –haciendo referencia al estudio de las prácticas culturales– para comprender de mejor manera cómo se puede articular este paradigma historiográfico con el análisis de los procesos económicos. Sin duda alguna, las representaciones están ligadas, de manera directa, a las prácticas sociales, ya que se configuran como nexos entre las formas de decir –discurso– y hacer –práctica– que tienen cierta dispersión espacial y temporal<sup>29</sup>. En efecto, puede entenderse que la NHC, se constituye a partir de una naturaleza dual, pero no menos complementaria, en la que se entrelazan los regímenes discursivos y el *quehacer* social, mediante la manifestación activa de los diferentes tipos de discursos. Al final, la vida social –y cultural– se forma sobre la base del pensamiento y la acción, dejando clara la importancia que contiene el lenguaje en todo este paradigma.

La articulación entre las prácticas y los discursos está entrelazada con las ideas propuestas por el *linguistic turn* –giro lingüístico–, en las cuales el lenguaje se encuentra en el eje central del desarrollo del mundo social. En esa propuesta, la realidad no funciona como un punto de referencia objetiva al exterior de los diferentes discursos, sino que siempre está construida en y por el lenguaje, el cual genera constantes significaciones múltiples e inestables. Así pues, los intereses sociales no son una realidad preexistente, pues ellos son el resultado de una construcción simbólica y lingüística, en la cual las prácticas siempre son situadas en el orden del discurso<sup>30</sup>. En este orden de ideas, resulta relevante indicar el papel que juegan los discursos, y, por tanto, el lenguaje en reconocer la manera en que los actores sociales les dan sentido a las prácticas, al mismo tiempo que las generan y las reproducen.

Para contextualizar ligeramente, las teorías de las prácticas sociales son un conjunto de apreciaciones teóricas construidas por diversos autores, desde diferentes áreas del conocimiento que articulan práctica y acción como un componente fundamental en la constitución del mundo social<sup>31</sup>. Entre ellas, la que resulta más pertinente en el desarrollo de los estudios culturales, es la denominada “teoría de la acción” propuesta por el sociólogo Pierre Bourdieu, en la cual las prácticas sociales son un aspecto esencial de la vida social que buscan dar cuenta de la relación entre los determinantes estructurales y las actividades de los agentes sociales. En esta búsqueda, como un escape del marxismo reduccionista y sumamente estructural, planteó un marco analítico que se compone de diferentes conceptos tales como: *habitus*, *capital* y *campo*, que finalmente dan

<sup>29</sup> Tomas Arizúa, “La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites”, *Cinta de Moebio* No. 59 (2017): 221; las bases teóricas para lo que se conoce hoy en día como la teoría de las prácticas sociales, se encuentran alrededor de autores clásicos como son: Karl Marx y Engels con su concepto de *Praxis*, la *acción social* de Weber y Persons, y finalmente, *simbólica* en de Geertz. En: Ceballos, “Prácticas, saberes y representaciones”, 25.

<sup>30</sup> Roger Chartier, “¿Existe una nueva historia cultural?”, en *Formas de Historia cultural*, editado por Roger Chartier (Buenos Aires: Prometeo, 2007), 40.

<sup>31</sup> Los otros dos referentes teóricos de la teoría de las prácticas son: la tradición de la etnometodología y la teoría social de orientación pragmatista y, por otra parte, está la filiación filosófica del tema, la cual se encuentra asociada a los trabajos de Theodore Shatzki. En: Arizúa, “La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites”, 223.

origen a las *prácticas*. De ellos, el primero funciona como el núcleo primario de esa teoría cultural<sup>32</sup>. Este se define como:

“[...] sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a un fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser el producto de la obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta”<sup>33</sup>.

Como se puede observar, la implicación de este esquema interpretativo presupone la importancia que tiene el condicionamiento social y las condiciones de existencia para la generación del *habitus*, el cual actúa como principio generador y organizador de prácticas culturales bajo la disposición de estructuras cognitivas y motivacionales diferenciadas. En esta lógica, los *habitus* son principios generadores de prácticas –acción y hacer– distintas y distintivas, pero también son esquemas clasificatorios, principios de visión y división, y fórmulas para la interiorización de aficiones<sup>34</sup>. Por ello, es válido pensar que ellos establecen la diferencia –distancia– entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien socialmente y lo que rechaza la sociedad, entre lo que es admirado y lo que se puede considerar como vulgar; y, finalmente, son la base fundamental para la apreciación y la acción en el mundo social.

En síntesis, regresando exclusivamente a la relación entre el asunto de las prácticas y la diferenciación social, Pierre Bourdieu diría que, en una época y espacialidad determinada, lo que come un obrero y sobre todo su forma de comerlo, el deporte que practica y su manera de practicarlo, sus opiniones políticas y su fórmula para expresarlas, difieren sistemáticamente de lo que consume o de las actividades cotidianas del empresario industrial<sup>35</sup>. Así pues, esta teoría sociológica de la acción, permite entrar en reflexión sobre la manera en que se articulan las prácticas con el mundo social, dotando el *que hacer* de la sociedad con un importante valor cultural.

<sup>32</sup> Adriana Collado, “Las concepciones sobre la práctica en Pierre Bourdieu y Raymond Williams. Explorando similitudes y diferencias”, XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, 2009, 2.

<sup>33</sup> Pierre Bourdieu, *El sentido práctico* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007), 86. Este concepto ya había sido pensado por Marcel Mauss en cuanto a la lógica de las técnicas corporales. Desde ese enfoque se entiende como aquello que fue adquirido y se convierte en costumbre. Según ese autor, estos hábitos varían no solo con los individuos, sino que, con las sociedades, la educación, las reglas de urbanidad, los modales y demás. Es hablar de técnicas en el sentido de la razón práctica colectiva. Aunque no fue altamente sofisticado como después lo haría Bourdieu, es importante mencionar que ya existía un precedente con el uso de este concepto y los estudios del comportamiento humano. Marcel Mauss, *Sociología y Antropología* (Madrid: Editorial Tecnos, 1979), 340. Es también importante admitir que las prácticas, tal y como las define Bourdieu, contiene una parte física o comporta y espiritual. Es más bien el momento donde se ven involucrados cuerpo y mente.

<sup>34</sup> Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Editorial Anagrama, 1997), 20.

<sup>35</sup> Vale la pena mencionar un corto ejemplo de lo anteriormente mencionado sobre la valoración de las prácticas. El mismo comportamiento o el mismo bien puede parecerle distinguido a un individuo, pretencioso u ostentoso al otro y vulgar a un tercero. De esta manera, se evidencia que la valoración del mundo real está íntimamente ligado a nuestras formas de comportamiento. Bourdieu, *Razones prácticas*, 20.

Ahora, en lo concerniente al concepto de “acción económica”, se podría decir que descansa entre la unión de la teoría general de las prácticas sociales y una abstracción originaria como es la economía<sup>36</sup>. Al parecer, resulta pertinente comprender la existencia de prácticas puramente económicas –aquellas que se desarrollan en esa fracción de la vida social y que pueden ser entendidas como categorías particulares de prácticas– y otras que, aunque no pertenecen directamente a ese segmento del orden social, bajo diversas interpretaciones y análisis, pueden dejar al descubierto esa dimensión específica –económica– en cualquier práctica humana. En definitiva, este alcance podría inclinarse hacia la formación, teóricamente hablando, de una perspectiva que tenga como punto de análisis el conductismo económico centrado en el estudio de las prácticas asociadas al desarrollo de los agentes de la economía, al mismo tiempo que revele las dimensiones económicas de las prácticas en general.

#### **4. Otro aspecto clave para la comprensión de la cultura económica: el encuentro definitivo entre el *habitus* de Bourdieu y los componentes de la sociología y la antropología económica**

Paralelo a la disciplina histórica, han surgido y desarrollado otras doctrinas del conocimiento social que, conjuntamente, desarrollaron cierto deseo en comprender de forma dialéctica las relaciones que mantienen los hechos sociales y económicos. Este es el caso de la sociología y la antropología, quienes desde sus configuraciones teóricas clásicas han abordado esta problemática y, en el transcurrir de las décadas, construyeron ramas especializadas en ese asunto. A fin de realizar una somera descripción, la sociología económica (SE) generalmente es definida en los medios académicos como: la perspectiva sociológica aplicada a los fenómenos económicos, donde los hechos que pertenecen al mundo de la economía son tratados y considerados por los investigadores como hechos puramente sociales<sup>37</sup>. Por otra parte, la antropología económica (AE) puede ser comprendida como el estudio de las instituciones y los comportamientos económicos realizados en lugares antropológicos y con un particular estilo etnográfico, es la combinación de estos tres elementos lo que la caracteriza como disciplina<sup>38</sup>. Así pues, las dos corrientes anteriormente descritas se suman al conocimiento social de los comportamientos que se denominan como económicos, objetivo que comparten con la actual denominación de la cultura económica (CE).

En otro orden de ideas, el enfoque de la sociología económica, aunque claramente no es nuevo, sí está gozando de un resurgimiento en los últimos años, pues durante gran parte del siglo XX –dejando de lado las enseñanzas de Pierre Bourdieu–, la economía y la sociología se han visto

<sup>36</sup> Bourdieu, *Las estructuras sociales de la economía*, 15.

<sup>37</sup> También es importante admitir que esta corriente, en la última década, constituye uno de los campos de investigación más florecientes que posee la sociología contemporánea. En virtud de que se extiende tanto para los economistas, los sociólogos y, para el caso de la presente investigación, para los historiadores de la cultura. Todo lo anterior, en la lógica de comprender la dimensión de las relaciones sociales que comparten los hechos producidos durante una actividad económica. En: Amaury Pérez, “La sociología económica: orientación teórica, aparato conceptual y aspectos metodológicos de un campo de investigación en las ciencias sociales”, *Ciencia y Sociedad* 34: 1 (2009): 98.

<sup>38</sup> El concepto de “lugares antropológicos” funciona como una abstracción conceptual para nombrar entornos culturales y sociales específicos, con contextos antropológicamente relevantes. Stuart Plattner, *Antropología Económica* (México: Editorial Patria, 1991), 17.

como esferas separadas y relativamente autónomas o, incluso, como esferas hostiles<sup>39</sup>. Tanto es que, el propio Talcott Parsons, padre del funcionalismo en la sociología, reconocía que el potencial existente entre las perspectivas económicas y sociológicas no se había materializado nunca<sup>40</sup>. Más allá de esto, es crucial reconocer que la conexión entre estas dos disciplinas ha pasado por ciertos ciclos, siendo el primero de ellos identificado en la sociología clásica, seguido de un abandono momentáneo derivado de las contradicciones entre los dos campos de estudio –economía y sociología–<sup>41</sup> y, finalmente, con la reciente resurgencia que se encuentra presente en la actualidad.

La idea de unir y complementar los conocimientos de estas dos disciplinas viene desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando diversos autores se interesaron en comprender los fenómenos económicos de su época, desde una perspectiva social y, en algunos casos, hasta cultural. Se puede observar cómo Karl Marx, con su obra *El capital*, desarrolla su teoría del capital por medio de un análisis de las relaciones sociales tanto en la esfera del intercambio como en la esfera de la producción, sin mencionar aún, la teoría de la plusvalía que constituye un vivo ejemplo de sociología económica<sup>42</sup>. Por su parte, Max Weber, en diversos textos, consideraba el hecho económico como un hecho puramente social, en la medida en que los agentes tienen en cuenta los comportamientos de los otros agentes económicos –el funcionamiento de sus lógicas y racionalidades– y el sentido que estos le dan a sus acciones<sup>43</sup>. En esta misma línea, Emile Durkheim, en su texto, *De la división del trabajo social*, se concentraba en la polémica contra el individualismo utilitarista de la economía clásica y contestaba fuertemente frente al monopolio intelectual de los economistas sobre los asuntos del mundo económico<sup>44</sup>. Aunque estos tres autores pueden ser considerados como los precursores de los estudios sociales de los aspectos económicos, también resulta importante mencionar algunos otros teóricos como: George Simmel, con sus reflexiones sobre la filosofía del dinero; Karl Polanyi, respecto al problema de la denominada gran transformación y, finalmente, Schumpeter, con sus consideraciones sobre la importancia de la sociología económica, en la cual la economía no se limita a ser simplemente una práctica, sino que también se constituye como una representación cultural<sup>45</sup>.

Dejando claro la importancia que diversos autores le dieron a la dimensión social y cultural que rodea los aspectos económicos, es ahora prudente reflexionar respecto a las tres bases temáticas

<sup>39</sup> Santos, “La importancia de la nueva sociología económica”, 10.

<sup>40</sup> Talcott Parsons y Neil Smelser, *Economy and Society* (Londres: s.e., 1956).

<sup>41</sup> La sociología económica tiene sus inicios en sus mismos padres fundadores, los cuales desde muy temprano se preguntaron por la interacción de los estudios sociológicos con la económica como tal, dejando claro que eran procesos interrelacionados. Sin embargo, esta forma de entender la economía y la sociología se fue perdiendo a lo largo del siglo XX, hasta llegar a separar completamente como objeto de estudio. Finalmente, en las últimas dos décadas se han realizado ciertos aportes teóricos e, incluso, se ha oficializado algo se denomina como la “*New Economic Sociology*”. En Santos, “La importancia de la nueva sociología económica”, 10.

<sup>42</sup> Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política* (URRS: Editorial Progreso, 1990); y Pérez, “La nueva nómica: orientación teórica, aparato conceptual y aspectos metodológicos”, 106.

<sup>43</sup> Max Weber, *Historia Económica General* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011); Max Weber, *Sociedad y Economía. Esbozo de sociología comprensiva* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 1964); Pérez, “La sociología económica: orientación teórica, aparato conceptual y aspectos metodológicos”, 106.

<sup>44</sup> Emile Durkheim, *La división del trabajo social* (Madrid: Ediciones Akal, 2001).

<sup>45</sup> George Simmel, *Filosofía del dinero* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, s.a.); Karl Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico* (Madrid: Ediciones La Piqueta, 1989) y Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (Barcelona: Ediciones Folio, 1996).

que componen el entramado de sociología económica, para finalmente comprender la relación directa que mantiene esta disciplina con una posible teoría de la cultura económica aplicable a los estudios históricos. Estos fundamentos temáticos son: la representación dinámica e historicista de la economía, la construcción social de la economía y la teoría de la acción económica. El primero de ellos, reposa sobre la idea de una representación dinámica de la economía, donde la existencia de instituciones económicas no aparece como algo dado, sino que son el resultado de un fenómeno problematizado desde una perspectiva histórica; y que deja en evidencia la importancia de realizar un examen histórico con el fin de conocer el sistema de relaciones sociales que se tejen conjuntamente con las prácticas económicas. El segundo, desde un punto de vista más generalizado, busca identificar la contribución específica de la sociología económica al análisis de las relaciones y de las actividades económicas. El último y quizá más importante, tiene como finalidad realizar una fuerte crítica a la idea de la racionalidad individual económicamente hablando –también llamada la teoría de la elección–, puesto que los comportamientos de los agentes no se deben observar como objetivos, alineados, racionales, interesados ni oportunistas; más bien se trata de comprender que los comportamientos humanos son el producto de normas culturales que se expresan también de maneras institucionales<sup>46</sup>. Así pues, en los conceptos teóricos y metodológicos básicos de la sociología económica se pueden encontrar corrientes académicas como el historicismo, el relativismo y el anti-individualismo.

En relación a la problemática expuesta, conviene indicar que el último aspecto temático de la sociología económica, es un punto clave para encontrar la convergencia entre esta disciplina, la antropología económica, el pensamiento social de Pierre Bourdieu y, por tanto, la composición teórica de la cultura económica. Gira en torno al debate sobre la existencia del sujeto económico, o también, como lo denomina la ortodoxia económica: el *homo economicus*. Aunque, la AE tiene un amplio recorrido en el estudio de las características socio-culturales de las prácticas económicas, donde destacan las reflexiones de Marcel Mauss sobre la naturaleza de la reciprocidad –como alternativa al intercambio de mercado– y las de Bronislaw Malinowski respecto a la economía primitiva<sup>47</sup>, en sus orígenes como doctrina del conocimiento tuvo acercamientos con la abstracción del *sujeto económico*, que ha sido fuertemente criticada por otras disciplinas sociales, pero defendida por la misma escuela neoclásica de economía<sup>48</sup>. El mismo Mauss, hace uso de esta noción para comprender dialécticamente el concepto de las economías no modernas, las cuales están situadas en un aparente proceso evolutivo donde el hombre económico se encuentra en la cima del desarrollo humano. Así, escribe sobre el avance del capitalismo y la lógica de mercado que:

“Son nuestras sociedades occidentales las que han hecho, muy recientemente, del hombre "un animal económico", pero todavía no somos todos seres de este tipo. En nuestras masas y nuestras elites, es costumbre normal el gasto puro e irracional y todavía es la característica de algunos fósiles de nuestra nobleza. El *homo economicus* no es nuestro antepasado, es nuestro porvenir, al igual que el hombre de la moral y del deber, al igual que el hombre de ciencia y de razón. El hombre, durante mucho tiempo ha sido

<sup>46</sup> Pérez, “La sociología económica: orientación teórica, aparato conceptual y aspectos metodológicos”, 108.

<sup>47</sup> Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas* (Buenos Aires: Katz Ediciones, 2009); Bronislaw Malinowski, “La economía primitiva de los isleños de Trobriand”, en *Antropología y Economía*, compilado por Maurice Godelier (Barcelona: Editorial Anagrama, 1976), 87-100.

<sup>48</sup> Humberto Quintana, “Antropología y economía: el economismo como cultura”, *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* No. 24 (2004): 186.

otra cosa. Hace sólo poco tiempo que es una máquina complicada con una máquina de calcular”<sup>49</sup>.

Este principio, tan defendido por el economicismo inglés —que tiene sus orígenes en el positivismo e individualismo metodológico—, sostiene que las personas cuando deben consumir un bien, y en consecuencia asumir un costo por ello y definir prioridades, asumen un comportamiento económicamente racional que puede observarse en todas las esferas de la sociedad<sup>50</sup>. Es una idea que admite que el hombre moderno funciona racionalmente frente a cualquier estímulo económico. Por el contrario, la SE —con su teoría de la acción—, el pensamiento social de Pierre Bourdieu y, en menor medida, la antropología económica, están en contraposición hacia esas explicaciones reduccionistas del mundo económico, en las cuales se simplifica el comportamiento de los agentes en cuanto a las actividades económicas.

En términos un poco más estrictos, cuando se hace referencia a la baja inclusión de la AE hacia las ideas del relativismo cultural, no es por haber tenido un papel pasivo en este proceso, sino más bien, porque, como lo indica Maurice Godelier, los antropólogos enfrentan dos hipótesis fundamentales en cuanto al papel que juega la economía y cómo debe ser implementada en los estudios sociales<sup>51</sup>. Para los *formalistas* —un tipo de tendencia académica—, la teoría económica contiene un valor universal, mientras que para los *sustantivistas* la economía formal fue diseñada para explicar las economías de mercado, pero no puede ser aplicada para comprender otras economías alternativas<sup>52</sup>. Por consiguiente, es evidente que cierta rama de la AE ha defendido los preceptos del economicismo, o economismo como también es llamado, los cuales presuponen la existencia del *homo economicus* como herramienta básica para tener la posibilidad de aplicar sus modelos teóricos a la sociedad. De esa manera, aunque en la mayoría de casos se ha manifestado de forma indirecta, una parte de los antropólogos ha desarrollado un encuentro reflexivo en la universalidad de las doctrinas económicas, muy contrario al habitual pensamiento de otras disciplinas sociales. Regresando de lleno a las críticas respecto a la idea del sujeto económico en los estudios con un enfoque social, Bourdieu indica que:

“El homo economicus tal como lo concibe (de manera tácita o explícita) la ortodoxia económica es una especie de monstruo antropológico: este ser práctico con cabeza de teórico encarna la forma por excelencia de la falacia escolástica, error intelectualista o intelectualo-céntrico, muy común en las ciencias sociales (sobre todo en lingüística y etnología), por medio de la cual el científico coloca en la cabeza de los agentes que

---

<sup>49</sup> Marcel Mauss, “Ensayo sobre los dones motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en *Sociología y Antropología* (Madrid: Editorial Tecnos, 1979), 256; José Luis Molina, *Manual de Antropología económica* (Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2004)

<sup>50</sup> Quintana, “Antropología y economía: el economismo como cultura”, 190.

<sup>51</sup> Maurice Godelier, “Antropología y economía ¿Es posible una antropología económica?” en *Antropología y Economía*, compilado por Maurice Godelier (Barcelona: Editorial Anagrama, 1976), 279.

<sup>52</sup> Quintana, “Antropología y economía: el economismo como cultura”, 284. Otra forma de comprender esta problemática es que: “la disputa en materia de antropología económica entre quienes sostienen que las reglas formales de la teoría económica neoclásica derivadas del estudio de sociedades capitalistas de mercado se pueden emplear para explicar la dinámica de las economías premodernas (‘formalistas’), y quienes afirman que los bienes y servicios en las economías sustantivas se producen y distribuyen a través de contextos culturales específicos (‘sustantivistas’)”. En: Leif KorsBaek y Marcela Barrios, “La antropología y la economía”, *Ciencia Ergo Sum* 11: 3 (2004): 230.

estudia, amas de casa u hogares, empresas o empresarios, etcétera, las consideraciones y las construcciones teóricas que ha debido elaborar para dar cuenta de sus prácticas”<sup>53</sup>.

En lo concerniente a la relación entre la teoría y su objeto de estudio, la doctrina del sujeto económico es una ilusión escolástica que lleva al científico a poner sus pensamientos en la cabeza de los actores actuantes<sup>54</sup>. De ahí el poco realismo explicativo que ofrece la visión del *homo economicus* y sus afluentes, sobre su perspectiva acerca del comportamiento de los agentes. Por ello Bourdieu, en contra del punto de vista ahistórico de la ciencia económica, hace una invitación para reconstruir las génesis de las disposiciones económicas del agente económico y, especialmente, de sus gustos, necesidades, propensiones y aptitudes<sup>55</sup>. Incluso, su crítica va más allá, ya que genera de manera tácita un modelo de análisis de las prácticas económicas que puede ser implementado en cualquier contexto social y espacio-temporal. En él, por medio de la *teoría del habitus* –anteriormente descrita en otra sección del artículo–, el análisis de las condiciones económicas y propia la historicidad del agente, propone observar las estructuras culturales que rodean las conductas económicas<sup>56</sup>. De esta manera, es propio afirmar que la crítica al *homo economicus* es la que finalmente impulsa la conciencia de la cultura económica, como alternativa racional para el estudio del desarrollo de la economía y de todos sus agentes.

A partir de lo anterior, es importante mencionar que Bourdieu y su lógica de los asuntos culturales, funciona como una enciclopedia teórica para entender cómo observar los aspectos económicos desde una perspectiva histórica y cultural. Por ello, es esencial reconocer la relevancia que mantienen los conceptos de *habitus*, campo, disposiciones, espacio social, representaciones y prácticas, al igual que el papel orgánico que juegan en esta teoría cultural<sup>57</sup>. El mismo maestro francés, en sus primeras investigaciones, apenas cuando estaba conceptualizando el término de disposición –que luego se sofisticó con la teoría del *habitus*–, llevó a cabo un ejercicio reflexivo sobre lo que podría considerarse un estudio sobre la cultura económica. La noción fue utilizada con el fin de generar una solución teórica para dar cuenta de las prácticas de hombres que se vieron arrojados en un cosmos económico extraño y extranjero, importado e impuesto por la colonización; hombres que contaban con un equipamiento cultural distintivo adquirido en un universo precapitalista, donde la economía del honor primaba en contraposición a la lógica del mercado<sup>58</sup>. Siguiendo este razonamiento, se puede concluir que existen diversos modos de actuar en el mundo económico. Finalmente, en las sociedades no capitalistas, la

<sup>53</sup> Bourdieu, *Las estructuras sociales de la economía*, 256.

<sup>54</sup> Federico Lorenc, “El homo economicus como monstruo antropológico: variaciones sobre la sociología francesa y la teoría de la acción”, *Revista de Ciencias Sociales* No. 85 (2014): 86.

<sup>55</sup> Lorenc, “El homo economicus como monstruo antropológico”, 87. Pierre Bourdieu, *Las estructuras sociales de la economía*, 16. Es importante reconocer que Bourdieu, señala que: “La palabra ‘disposición’ parece particularmente apropiada para expresar lo que recubre el concepto de habitus (definido como sistema de disposiciones): en efecto, expresa primero el resultado de una acción organizadora presentando entonces un sentido muy próximo al de palabras tales como estructura; designa además una manera de ser, un estado habitual (en particular del cuerpo) y, en particular, una predisposición, una tendencia, una propensión o una inclinación”. En Omar Aguilar, “El Habitus y la producción de disposiciones”, *Mirada* No. 13 (2017): 280.

<sup>56</sup> Lorenc, “El homo economicus como monstruo antropológico”, 86.

<sup>57</sup> De Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del buen gusto y Razones prácticas*. Estos dos textos funcionan como dos enciclopedias totales para entender cada uno de los elementos de la propuesta cultural de este autor.

<sup>58</sup> Pierre Bourdieu, *Argelia. Estructuras sociales y estructuras temporales* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006).

racionalidad que se atribuye a los actores en el mercado tiene un papel marginal frente otros principios como el parentesco, la reciprocidad, el honor, la religiosidad, entre otros.

En este orden de ideas, hacer una lectura desde esta perspectiva hacia las obras clásicas de la sociología y la antropología económica, revela que, indirectamente, a partir de sus orígenes se han encargado de examinar algunos aspectos culturales que han jugado un papel determinante en el desarrollo de los agentes económicos. Weber, por ejemplo, en sus estudios sobre la relación existente entre la ética protestante y el surgimiento del espíritu del capitalismo, deja clara la vinculación directa que existe entre una característica de la religiosidad –en este caso la ética del protestantismo– y las conductas económicas de los agentes –*habitus* prácticos determinados por disposiciones espirituales–<sup>59</sup>. Destacaba cómo esta creencia ejerció impacto en distintos valores éticos, tales como la ética laboral, la disciplina, el cálculo y la búsqueda de prosperidad. En este contexto, la cultura se manifiesta no solo en las creencias religiosas, sino también en cada una de las prácticas que desencadenó, especialmente en las relacionadas con la economía.

Ahí también se observa de manera clara uno de los principios básicos de los estudios culturales según la teoría antropológica, donde las estructuras sagradas –creencias– y los elementos lingüísticos –lenguaje– funcionan como determinantes en la generación de diferentes sistemas simbólicos y prácticos, lo que se traduce en la generación diferenciada de culturas<sup>60</sup>. Por otra parte, Marcel Mauss, en su ensayo sobre el don, muestra la forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas, en las cuales la naturaleza de la reciprocidad puede ser vista como alternativa económica y cultural funcional fuera de las lógicas del mercado<sup>61</sup>. De esta manera, aunque la sistematización teórica de los estudios de la cultura económica es uno de los objetivos de la presente investigación, la cual encuentra su origen en las reflexiones de Pierre Bourdieu, se podría indicar, que, de forma tácita, diferentes estudios han logrado extraer y comprender la conjugación existente entre el funcionamiento de las relaciones económicas y distintivos aspectos sociales, produciendo, finalmente, indagaciones sobre la cultura económica.

Luego de examinar este recorrido disciplinario, es propio indicar que la “cultura económica” es una visión culturalista de los comportamientos humanos en el desarrollo del mundo de la economía, que descansa sobre el marco teórico de la NHC, el pensamiento social de Pierre Bourdieu, la sociología económica y la antropología económica. Cuatro doctrinas que están vinculadas por el valor sustancial que le conceden a las características sociales e históricas de la conducta humana. En lo tocante a este último aspecto, hay que admitir que la CE confluye de manera directa en los estudios históricos, pues, para ella, las disposiciones sólo pueden ser examinadas en una dimensión temporal. Adicionalmente, la disciplina histórica concede al investigador un margen de interacción ampliada, que le permite ir más allá de las sociedades contemporáneas capitalistas. Por estos motivos, los historiadores de la economía y de los estudios culturales encuentran un punto en común en los fenómenos que están dispuestos a investigar.

---

<sup>59</sup> Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Madrid: Editorial Reus, 2001).

<sup>60</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “La historia de la cultura en Colombia y algunos problemas teóricos de la disciplina”, *Historia Crítica* No. 1 (2001): 7. El autor hace una reflexión donde indica que los fundamentos y los valores de una cultura, se encuentran en su religión y su lengua. Exponiendo como soporte argumentativo algunos trabajos de sociólogos e historiadores que sostiene, de igual manera, estas ideas.

<sup>61</sup> Mauss, *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*.



Respecto al papel que juega la economía en esta propuesta, se debe tener en consideración que algunos valores del economismo pueden ser perfectamente implementados. Como también lo menciona Bourdieu, las condiciones económicas que componen el espacio social son significativas en cuanto a la interiorización de prácticas culturales, y la posición en la que se encuentran los agentes determina muchos de sus comportamientos, en este caso económicos<sup>62</sup>. También, las teorías que promulga la ortodoxia económica, tales como el librecambio, encuentran un punto reflexivo en este entramado no como categorías universales de análisis, sino como elementos discursivos incrustados en las diferentes sociedades. Así, las teorías económicas no son observadas como elementos que explican los comportamientos económicos en la sociedad, sino que están inscritas en contextos espacio-temporales específicos y, por tanto, deben ser observadas como puros regímenes discursivos<sup>63</sup>. Finalmente, en cuanto al uso de esta alternativa en las sociedades de mercado, es importante reconocer que, aunque con el tiempo el ser humano se vuelve un ser más calculador económicamente hablando, sus conductas en esta dimensión de la sociedad se ven influidas por aspectos lejanos a la pura racionalidad económica.

### Consideración final

Por último, es ahora pertinente afirmar que la cultura económica es una alternativa de análisis que tiene como finalidad estudiar la conducta de los agentes económicos con énfasis en sus disposiciones sociales. Por ello, en este proceso, el concepto de *habitus* tiene una gran trascendencia, ya que por la manera en la que está estructurado posibilita examinar no solamente el comportamiento social, sino también los discursos en los que se soportan las diversas y distintivas actitudes humanas. En otros términos, es la disección de las prácticas y las representaciones relativas al mundo de la economía. Finalmente, el análisis abarca los gustos y, por ende, el consumo, desde la perspectiva de la cultura material. También se adentra en la contrariedad de los regímenes discursivos en la economía, representada por la teoría económica. Además, explora las prácticas instituyentes, como las instituciones y las leyes, así como el cálculo, las prácticas de ahorro, el intercambio, los rituales del mercado, el trabajo mismo, entre otras consideraciones.

Cabe reconocer que la insuficiencia explicativa asociada a la noción del *homo economicus* no se limita únicamente a las sociedades del pasado. Se observa que, tanto en sociedades históricas como en las contemporáneas, no se manifiesta un comportamiento racional en el mundo de la economía. Esta debilidad inherente en la concepción de la racionalidad económica sirve como impulso para el desarrollo de la cultura económica.

Finalmente, luego de este recorrido por algunas de las ideas centrales inscritas en la historiografía occidental, la sociología y la antropología económica; lo que verdaderamente se busca es sintetizar un enfoque que permita observar y estudiar los aspectos económicos mediante un diálogo conceptual y disciplinario con los elementos culturales y sociales. Esta perspectiva aspira a superar el reduccionismo conceptual al que, con frecuencia, se someten los estudios históricos de la economía.

---

<sup>62</sup> Pierre Bourdieu, *Curso de Sociología General 1. Conceptos Fundamentales* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2019), 284.

<sup>63</sup> Bourdieu, *Curso de Sociología General 1*, 290.

## Bibliografía

- Aguilar, Omar. “El Habitus y la producción de disposiciones”. *Miriada* No. 13 (2017): 271-289.
- Ariztía, Tomas. “La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites”. *Cinta de Moebio* No. 59 (2017): 221-234.
- Bourdieu, Pierre y Chartier, Roger. “La lectura: una práctica cultural Debate entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier”. *Sociedad y Economía* No. 4 (2003): 161-175.
- Bourdieu, Pierre. “La fuerza de la representación”. En *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, editado por Pierre Bourdieu. Madrid: Ediciones Akal, s.a, 87-95.
- Bourdieu, Pierre. *Argelia. Estructuras sociales y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006.
- Bourdieu, Pierre. *Curso de Sociología General 1. Conceptos Fundamentales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2019.
- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterios y bases sociales del buen gusto*. Madrid: Ediciones Santillana, 1998.
- Bourdieu, Pierre. *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1997.
- Braudel, Fernand. “La larga duración”. En *Historia y las Ciencias Sociales*, editado por Fernand Braudel. Madrid: Alianza Editorial, 1970, 60-106.
- Burke, Peter. *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós Ibérica, 2006.
- Cano Vargas, Alexander. “De la historia de las mentalidades a la historia de los imaginarios sociales”. *Ciencias Sociales y Educación* 1: 1 (2012): 135-146.
- Ceballos, Diana Luz. “Prácticas, saberes y representaciones: una historia en permanente construcción”. En *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849-1960*, compilado por Diana Luz Ceballos. Medellín: Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2009, 19-30.
- Chartier, Roger. “¿Existe una nueva historia cultural?”. En *Formas de Historia cultural*, editado por Roger Chartier. Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- Chartier, Roger. “El sentido de la representación”. *Revista de Pensamiento Contemporáneo* No. 42 (2013): 31-51.
- Chartier, Roger. “Representaciones y prácticas culturales en la Europa moderna. Conversación con Roger Chartier”. *Manuscripts* No. 11 (1993): 29-40.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre la historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1992.
- Collado, Adriana. “Las concepciones sobre la práctica en Pierre Bourdieu y Raymond Williams. Explorando similitudes y diferencias”. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, 2009, 1-11.
- Durkheim, Emile. *La división del trabajo social*. Madrid: Ediciones Akal, 2001.

- Esparza, Víctor Manuel. *Dejando los restos del naufragio. Fragmentos para una historia cultural*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2016.
- Godelier, Maurice. “Antropología y economía ¿Es posible una antropóloga económica?”. En *Antropología y Economía*, compilado por Maurice Godelier. Barcelona: Editorial Anagrama, 1976, 279-333.
- Hobsbawm, Erin. “Historiadores y Economistas I”. En *Sobre la Historia*. Barcelona: Crítica, 1998, 105-132.
- KorsBaek, Leif y Barrios, Marcela. “La antropología y la economía”. *Ciencia Ergo Sum* 11: 3 (2004): 225-236.
- Lorenc, Federico. “El homo economicus como monstruo antropológico: variaciones sobre la sociología francesa y la teoría de la acción”. *Revista de Ciencias Sociales* No. 85 (2014): 84-91.
- Malinowski, Bronislaw. “La economía primitiva de los isleños de Trobriand”. En *Antropología y Economía*, compilado por Maurice Godelier. Barcelona: Editorial Anagrama, 1976, 87-100.
- Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la economía política*. URRS: Editorial Progreso, 1990.
- Mauss, Marcel. “Ensayo sobre los dones motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas”. En *Sociología y antropología*, compilado por Marcel Mauss. Madrid: Editorial Tecnos, 1979.
- Mauss, Marcel. *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Ediciones, 2009.
- Mauss, Marcel. *Sociología y Antropología*. Madrid: Editorial Tecnos, 1979.
- Molina, José Luis. *Manual de antropología económica*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2004.
- Mora, Minor. “Hacia una visión sociología de la acción económica: desarrollos y desafíos de la sociología económica”. *Economía y Sociedad* No. 24 (2004): 79-95.
- Norbert Elías. *El proceso de la civilización. Investigaciones socio genéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Parsons, Talcott y Smelser, Neil. *Economy and Society*. Londres: s.e., 1956.
- Pérez, Amaury. “La sociología económica: orientación teórica, aparato conceptual y aspectos metodológicos de un campo de investigación en las ciencias sociales”. *Ciencia y Sociedad* 34: 1 (2009): 97-119.
- Plattner, Stuart. *Antropología Económica*. México: Editorial Patria, 1991.
- Polangi, Karl. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1989.
- Quintana, Humberto. “Antropología y economía: el economismo como cultura”. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* No. 24 (2004): 177-205.
- Ríos Saloma, Martín. “De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”. *Estudios de la historia moderna y contemporánea de México* No. 37 (2009): 97-137.
- Santos, Félix. “La importancia de la nueva sociología económica”. *Boletín de la Academia Malagueña de Ciencias* No. 23 (s.a.): 9-13.
- Schumpeter, Joseph. *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Ediciones Folio, 1996.

- Simmel, George. *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, s.a.
- Thompson. “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”. En *Costumbres en Común*, editado por E. P. Thompson. Barcelona: Crítica, 1995.
- Torres, Danilo. “La nueva historia económica; la teoría de la regulación y el análisis histórico social: notas para un debate”. *Apuntes del CENES* 31: 54 (2012): 261-282.
- Trujillo, John y Álvarez, Nelson. “Intercambio y mercado en el pensamiento crítico de Pierre Bourdieu”. *Apuntes del Cenes* 52: 30 (2011): 9-36.
- Uribe, Jaime Jaramillo. “La historia de la cultura en Colombia y algunos problemas teóricos de la disciplina”. *Historia Crítica* No.1 (2001): 1-8.
- Vainfas, Ronaldo y Rodríguez, Pablo. “De la historia de las mentalidades a la historia cultural”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* No. 23 (1996): 218-233.
- Vera, Héctor. “Representaciones y clasificaciones colectivas. La teoría sociológica del conocimiento de Durkheim”. *Sociológica* 17: 50 (2002): 103-121.
- Weber, Max. *Historia Económica General*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Editorial Reus, 2001.
- Weber, Max. *Sociedad y Economía. Esbozo de sociología comprensiva*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1964.